

no merecen ocupar á una alma que no muere, y otras maximas tan inauditas y nuevas, que jamas habian salido de los labios humanos.

Este mismo pueblo junta al conocimiento de lo que debe saber la mas perfecta sumision á la voluntad divina, la caridad mas activa y mas pura para todos los hombres, la paciencia mas invencible en las tribulaciones mas injustas, y un desinterés universal y nunca desmentido. Este fue el caracter de los primeros Cristianos; estas fueron las armas con que combatieron contra el mundo, no para dominarle, sino para sacarle de sus errores; no para adquirir poder, honores ó riquezas, sino para enseñar á los hombres los caminos de la justicia y de la felicidad.

No ignoraban los primeros predicadores del evangelio que su empresa debia procurarles una multitud de ultrajes y de tormentos; pero nada los detiene, y se esponen á la muerte con una intrepidez que manifiesta una grande indiferencia de la vida. ¡O Sócrates! ¡ó Platon! ¡porqué no estabais en la tierra cuando los apóstoles dieron el asombroso espectáculo de virtudes tan magnánimas! Vosotros hubiérais hallado al justo de que habeis hablado tanto sin haberle mostrado nunca; vosotros hubiérais visto no uno sino muchos varones constantes, cuando apenas esperabais encontrar uno; vosotros en fin hubiérais reconocido que el cielo se habia apiadado de la tierra, que ya habia enviado la luz que debia producir la virtud, y habia puesto en el cristianismo su modelo.

La Iglesia que formaron los apóstoles en Jerusalem

era

era una sociedad de ángeles mas que una asamblea de mortales. La caridad, la union, la concordia, la fraternidad, la simplicidad de corazón, el desinterés, el desprecio de todo lo transitorio, la oracion continua, las acciones de gracias incesantes, la paciencia, la dulzura en medio de las persecuciones, en fin todas las virtudes habian desterrado de ella todo sentimiento terrenal.

Pero no era la Judea sola el teatro de una mutacion tan completa. Muy presto todas las naciones se asocian á la esperanza de Sion, y se incorporan con ella para tener parte en sus bendiciones. La palabra de Dios sale de Jerusalem, y se derrama por toda la tierra. Los Gentiles forman iglesias parecidas á la primera. Roma, Corinto y Éfeso, tan sumergidas en sus delicias, y tan famosas por sus excesos, otras muchas ciudades populosas en que despues de tantos siglos dominaban tiránicamente errores monstruosos y abominaciones que practicaba su antigua y desmedida supersticion, vieron nacer en su seno hombres justos, religiosos, humildes, dulces, sinceros, caritativos y enemigos de los placeres.

Esos hombres de una especie nueva juntan con el profundo respeto con que adoran al Dios vivo, el mas ardiente deseo de hacer á sus prójimos todo el bien que pueden, una obediencia inalterable á sus superiores aunque fuesen injustos y violentos, una fidelidad sostenida en el desempeño de todas sus obligaciones aunque fuesen oscuras y penosas, y un amor perse-

Tom. II.

8

EL EVANGELIO EN TRIUNFO ,
verante á sus hermanos aunque fuesen ingratos y perseguidores.

No se puede leer sin asombro lo que los apóstoles escriben de las virtudes y milagros de estos Cristianos primitivos. Al mismo tiempo que les escriben para reformar algun abuso, ó para consolarlos en sus penas, los llaman santos, les dan el nombre de bienaventurados, de escogidos; se congratulan con ellos por las obras de su fe, les dan la enhorabuena de los trabajos de su caridad, de la firmeza de su esperanza; y cuando los apóstoles dan este glorioso testimonio á los fieles de su tiempo, ¿se les acusará de engañarse en lo que veian con sus propios ojos? ¿se podrá sospechar que quisieron pasar por impostores, publicando hechos cuya falsedad debia ser notoria?

Si del oriente venimos á nuestras regiones meridionales, veremos que en ellas las mismas luces y las mismas virtudes sucedieron á las mismas tinieblas y á los mismos vicios, y veremos ademas que la estabilidad de nuestras luces y gobierno fue otro beneficio del evangelio. Nuestros padres siempre armados y siempre errantes debieron al fin la union social, que hace la felicidad de los pueblos, á los resortes poderosos de la religion.

En efecto, examinando todas las partes del imperio divino que fundó Jesucristo, se verá en ella que el caracter propio é incommunicable de la religion cristiana es sacar al hombre de sus errores, y libertarlo de sus pasiones; instruirle, santificarle y fortalecerle de tal manera en la virtud, que ni los halagos del mundo puedan seducirle, ni sus agitaciones conturbarle.

Antes de Jesucristo las desgracias del género humano parecian de algun modo el escándalo de la Providencia. La filosofia se jactaba de su valor y constancia, hablaba con ostentacion de la independencia de su alma, de su desprecio de la muerte, y de su firmeza en los reveses; pero eran vanas jactancias, porque jamas pudo ella descubrir el origen de nuestros males, y menos endulzar su amargura.

¿Ni cómo podian los infelices hallar consuelo en un sistema que sujetaba á sus secuaces al yugo inexorable del destino; que no les presentaba ni la idea de un castigo merecido para sufrirle resignados, ni la de una prueba meritoria que sostuviese su constancia; que jamas moderaba el rigor de lo presente con la esperanza de lo futuro, y que no podia ofrecer al dolor otra cosa que alivios mas crueles que el dolor mismo?

Un filósofo antiguo dijo que la constancia del justo que lucha contra el infortunio era un espectáculo digno de la Divinidad; pero este apotegma es mas brillante que sólido, y no tiene sentido en los principios de la filosofia profana. Porque si el hombre no ha pecado, si es infeliz sin ser delincuente, si padece sin mérito ni causa, si una gracia interior no es el principio de su fuerza, ni la justicia la medida de sus penas; es evidente que entonces aquel justo lucha contra una necesidad ciega, que no emplea en este combate mas que sus propias fuerzas; que si vence se debe á sí mismo la victoria; y convidar al Ser supremo al espectáculo de este triunfo seria llamarle á ser

testigo de su injusticia, y hacerle ver que en cierta manera el hombre era superior á Dios.

El evangelio es el único que nos ha enseñado el arte sublime de ser uno feliz; porque cuantos aspectos pueden presentar los sufrimientos á un Cristiano, son para él otros tantos motivos de consuelo. ¿Qué son las aflicciones para el Cristiano? Penas del pecado, la ejecucion de una sentencia infinitamente justa, amarguras saludables que se derraman en los objetos que nos embelesan, para que los deteste nuestro corazon y se convierta á los bienes puros y verdaderos; castigos paternos, tormentos de misericordia, segun la espresion de un padre; sacramentos de amor, accesion honrosa de lo que nos grangeó la pasion de Jesucristo, títulos de conformidad con este divino modelo, finalmente pruebas pasajeras que expian las culpas, que purifican las virtudes, que aumentan los méritos, que consuman la santificacion, y que deben ser coronadas con todo el resplandor de la gloria. Decidme, ¿qué filosofía podrá presentar al hombre tantos y tan altos motivos para ser paciente y valeroso en las desgracias?

Si á estas divinas lecciones se añade el atractivo interior con que la religion alienta los corazones, y les hace amar lo mismo que padecen, es preciso confesar que Jesucristo es el grande, el único consolador del universo; y entonces se entiende porque tantos Cristianos han encontrado paz, serenidad y dulzura en el dolor, en los oprobrios y en la muerte; porque tantos mártires invocaban ellos mismos los suplicios,

desafiaban el furor de los tiranos, y fatigaban la crueldad de sus verdugos, entregándose á los tormentos que los conducian á la patria bienaventurada.

Y esta intrepidez de los héroes cristianos no era singularidad estraña, ni tampoco entusiasmo pasajero; era un sentimiento permanente, comun y profundo, una disposicion habitual y meditada. Era sin duda grande prodigio, pero de casi todos los dias en los primeros Cristianos. San Pablo decia en nombre de todos: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? Nada: ni la afliccion, ni los tormentos, ni la hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la violencia; porque de todos estos males nos saca victoriosos el que nos ama; y ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las altas, ni las profundas, ni criatura alguna podrá separarnos jamas del amor de Dios en Jesucristo señor nuestro.

Es muy digno de observacion que mientras la espada de los perseguidores estaba colgada sobre el cuello de los Cristianos, la religion se mantuvo con un aspecto agradable y sereno, y que al fin salió mas brillante y fervorosa del seno de las tribulaciones; pero que cuando la paz, la calma permitieron á los carnales introducirse en la Iglesia, y con ellos sus vicios, entonces se vió obligada á hacer mayores esfuerzos para elevarse sobre las aguas impuras del siglo. Entonces muchos, para evitar el contagio que temian, buscaron su remedio en el retiro. Otros que aspiraban á mayor perfeccion, dejan el mundo, y se acogen á

la soledad. Los desiertos se pueblan, los yermos se trasforman en pueblos. Los que deseaban vivir únicamente con su Dios se ven forzados á dejarlos de nuevo, para esconderse en soledades mas profundas, y la vida del Bautista, que fue el asombro de la Judea, se hace el modelo comun que imitan tantos solitarios.

Allí ocupan los días y las noches en cantar las alabanzas del Señor, en derramar su corazon en su presencia por medio de la oracion continua, en escucharle sin intermision meditando las santas Escrituras, en estrechar con mas fuerza los lazos de la caridad que los reúne, y en trabajar con sus manos para socorrer á los pobres. Si, escondidos á los ojos humanos se libran de una muerte violenta en el suplicio, es para entregarse á otro martirio acaso mas penoso, porque es mas prolijo y doloroso, y que no tiene mas testigo que el Dios por quien le sufren. Pero parece que, superiores á su débil naturaleza, han dejado en el mundo todo lo que tenían de humano, y que ya viven menos en la tierra que en el cielo.

Con todo estos solitarios aunque escondidos en el secreto de Dios no pierden de vista los intereses de su Iglesia: en el fondo de su retiro saben sus bienes y sus males, ven las tempestades que la agitan, tiemblan de las desgracias que la amenazan, se afligen de los escándalos que la deshonoran, y, postrados dia y noche en presencia de aquel que manda á los vientos y refrena al mar, le representan con dolor y confianza

que sus hermanos peligran; piden por ellos, y ya que no pueden salvarlos con su ministerio, los salvan con sus oraciones y gemidos.

Cuando les parecen los riesgos mas urgentes, salen de su soledad para oponerse á los que quieren alterar la fe, ó corromper la disciplina. Las promesas de los prevaricadores no pueden nada con su desinteres, las amenazas no detienen un instante su valor. ¿Qué delicias pueden seducir á los que solo aspiran á tormentos? ¿qué calabozos pueden espantar á los que ya no viven sino en tumbas? ¿quién puede acobardar á los que solo desean derramar su sangre por amor del que primero la derramó por ellos?

Estos son los efectos que ha producido la moral cristiana, estos fueron los frutos del evangelio. El mismo espíritu le acompañaba á todas partes, y en todas se veian las mismas resultas. Estos son hechos públicos y notorios que no es posible dudar; todos los escritores contemporáneos y testigos nos los refieren, y jamas han sido desmentidos. Uno de ellos Justino, hombre muy sabio, que de filósofo gentil se hizo cristiano, decia á los enemigos de la religion:

» ¡O doctrina celestial! tú no formas poetas, filósofos ni oradores; pero tú de mortales nos haces
 » inmortales, de la tierra nos elevas al cielo, y nos
 » haces participar de la naturaleza divina. Esto es lo
 » que me ha trasportado de admiracion, esto es lo
 » que me ha hecho abandonar mis antiguos errores,
 » y abrazar la doctrina pura y sublime del evangelio.
 » Venid á mí, aprended lo que he aprendido; y pues

» yo era lo que vosotros sois , no desesperéis de ser
 » algun día lo que ahora soy. La doctrina evangélica
 » se sostiene por su propia virtud. Es secreta , pero
 » eficaz ; pues purifica el corazon , reprime los afectos
 » sensuales , nos hace ver la luz y gustar de la paz ,
 » desterrando la inquietud y el desórden de las
 » pasiones ».

¿ Y con qué medios un mortal tan severo y tan contrario á las inclinaciones naturales pudo sujetar á tantos hombres corrompidos ? La respuesta es muy simple : con la fe. Como la religion fue demostrada con tantas y tan evidentes pruebas , no era posible dudar de su verdad ; y los que la creian verdadera era consiguiente que creyesen tambien la moral que predica , las dichas que promete , y las desgracias con que amenaza. Jesucristo habia dicho á sus discipulos (1) : « No temais al mundo , yo le he vencido ». ¿ Y cómo le venció ? con la fe que nos vino á enseñar.

San Juan escribió á los primeros Cristianos : ¿ Que es , hermanos , lo que nos ha dado la victoria para triunfar del mundo ? nuestra fe. Y esto es muy claro ; porque , ¿ con qué medios nos pierde el mundo ? con sus errores que nos engañan , con sus halagos que nos corrompen , con sus amenazas que nos intimidan , y con el respeto humano que nos avasalla. Pero , ¿ de qué modo la religion nos hace superiores á todos estos estímulos , y nos da la victoria ? ve aquí el cómo ; y vamos por partes.

(1) Joan. xvi , 33.

Es visible que el mundo está lleno de errores , y de errores los mas palpables y groseros ; tiene muchas maximas falsas , y se ha forjado con ellas principios que le parecen incontrastables. Por ejemplo , el ambicioso que estima la fortuna mas que todo , se la propone como el objeto mas digno de sus deseos , y la busca á todo precio. El avaro que hace su dios de las riquezas , se persuade que no vale sino á proporcion de lo que tiene , y piensa que el afan de aumentar sus bienes es el negocio de mayor importancia. El voluptuoso que no imagina estar en la tierra sino para lisonjear sus sentidos , no conoce mayor felicidad que la de contentar todos sus gustos. El hombre de estado que se ocupa en los intereses públicos , se figura que la primera virtud es la prudencia humana , ó aquella política astuta que inventó el interes y que sostiene el amor propio. Ve aquí los principios , las reglas de conducta que el mundo sigue. El que no las adopta pasa por un hombre débil , se dice de él que no es bueno para nada ; y el que quisiera contradecirlas pasaria por hombre del otro mundo.

Pero , á pesar de que estan generalmente establecidas , cuando se examinan de cerca no se halla en ellas ni razon , ni humanidad , ni buena fe. La religion nos descubre su falsedad , porque discurriendo con mejores principios saca consecuencias opuestas. ¿ Sobre qué principios establece el mundo sus erradas maximas ? sobre el amor propio , sobre las inclinaciones de la naturaleza corrompida , sobre las pasiones del corazon. No es extraño que de raices tan in-

fectas vengan frutos dañados y podridos. ¿De la mentira qué puede salir sino otra mentira? Pero, la religion tiene ideas diferentes, sus maximas se fundan en principios muy puros, como son el respeto mas rendido y la mas inviolable obediencia á la ley de Dios, el amor del prójimo hasta de sus enemigos, el desapego del mundo y de sí mismo, el desinteres, la fidelidad, la rectitud del corazon, la mortificacion de los sentidos, la santificacion de su alma, y el cuidado de su salvacion.

De esta contrariedad de principios nace necesariamente la contrariedad de las maximas, ó de las reglas de la vida; por eso un Cristiano es un hombre que debe precisamente pensar y obrar de otro modo que el mundo; y esta es la primera victoria que la religion ha obtenido y obtiene cada dia, haciendo que muchos de los que eran mundanos se desengañen de sus falsas opiniones y descubran su ilusion y su peligro. El mundo se burla, lo tiene por locura; pero el Cristiano sabe que esta es la verdadera cordura, y que aun consultando solo á la razon, todos los principios del evangelio son útiles y justos.

Se observa que desde que con la edad empieza á entibiarse en un hombre el fuego de las pasiones, desde que con la madurez está mas en estado de discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso, y considera los objetos con mas aplicacion y solidez, las maximas del evangelio que repugnaban á su corazon empiezan á parecerle mas bien fundadas de lo que creia; que cuanto mas examina sus motivos y sus

efectos, mas le parecen respetables; él mismo se sorprende de su ceguedad pasada; estas primeras luces le penetran mas cada dia, y acaban por desengañarle; y en fin entonces ya defiende con zelo las mismas verdades que habia despreciado con ceguedad y precipitacion.

Este triunfo honra á la religion, y ella se aprovecha para hacer nuevas conquistas y someter otros incrédulos. San Pablo que fue criado en el judaismo, y fue el mas ardiente perseguidor de la Iglesia, desde que se le vió apóstol y doctor de los Gentiles, fué un argumento poderoso y visible contra los Judíos. Solo su ejemplo debia forzarlos á reconocer la eficacia y la fuerza de la fe cristiana.

Si el mundo con sus errores ciega el espíritu, con sus dulzuras pervierte el corazon: para lo primero influye con la seduccion, para lo segundo con sus atractivos. Lo que llamamos dulzuras del mundo es lo que San Juan llama concupiscencia de los ojos, de la carne, y orgullo de la vida, esto es, todo lo que puede agradar á los ojos, lisonjear los sentidos, excitar la curiosidad, contentar al amor propio, y hacer nuestra vida dulce, deliciosa y agradable.

Estas son las armas con que el mundo ha conquistado en todo tiempo los corazones de los hombres. Si la razon se valiera de sus propias luces, bien pudiera alcanzar que todos esos halagos son frívolos, que todos ellos son una bagatela, un nada, y que de ordinario nos engañan; pero, por una especie de embriaguez, aunque no ignore que son falsas y peligrosas

estas dulzuras, encuentra en ellas un atractivo poderoso de que no tiene valor para privarse. La razón no puede más que hablar, pero el atractivo se hace sentir, y arrastra el corazón con más violencia.

Solo la religión le puede vencer, y tiene muchos medios con que logra desterrarle del alma. Ella nos inspira el espíritu de penitencia que le arroja, porque nos recuerda sin cesar que somos pecadores. La vista de nuestros pecados y de los castigos que merecen nos llena de un odio santo contra nosotros mismos, y nos disgusta de cuanto puede halagar la sensualidad, porque no corresponde al dolor de un penitente.

Ella nos inspira la más alta estimación de los bienes eternos, y fija en ellos todos nuestros deseos y pretensiones. El corazón ocupado en la grande idea que se forma de la bienaventuranza esperada, se despega poco á poco de los bienes transitorios, y se hace insensible á los más seductores. Cuando levanto los ojos al cielo, decía un santo, todo lo que veo en la tierra me parece insípido y despreciable. Muchos lo habían dicho antes, muchos lo dicen hoy, porque la religión comunica á todos la misma luz y el mismo gusto.

Ella nos produce también consuelos interiores, consuelos que los mundanos no conocen; porque *el hombre carnal*, dice el apóstol (1), *no puede comprender lo que es de Dios*; pero estos son consuelos

(1) 1, Corinth., 11 y 14.

espirituales tan superiores á los de los sentidos, como el espíritu es superior al cuerpo. El mundo se rie de esto, pero no puede presentar en todos sus hechizos y placeres nada que iguale á estas santas delicias de las almas, á estas satisfacciones internas del corazón, á estas alegrías puras de la virtud. El que una vez las llega á sentir y á gustar, halla muy insípidas todas las demás.

Es menester que el mundo esté muy ciego, para que no se desengañe; porque en todos los siglos y en el nuestro han sido y son comunes los ejemplos. Siempre se ha visto y hoy se ve una innumerable multitud de personas de toda edad, sexo y estado que abandonan los placeres con que alucina á sus secuaces. ¿Cuántas vírgenes jóvenes á quienes ofrecía él una larga carrera de delicias, las huellan con desprecio? ¿cuántos ricos del siglo que con su grandeza y opulencia podían gozar de las comodidades de la vida, se despojan de todo voluntariamente? ¿Porqué se desprenden de riquezas que son tan anheladas solo porque con ellas se satisfacen todos los deseos? ¿porqué prefieren una pobreza en que apenas pueden hallar lo necesario? ¿porqué desestiman la pompa y los honores que tanto satisfacen al orgullo? ¿porqué prefieren la oscuridad de un retiro tan melancólico y desabrido para la ambición?

¿Cómo pueden escoger la penitencia de un claustro, y los duros ejercicios de la mortificación religiosa? ¿quién les inspira resolución tan estraña, tanto desapego, tanto valor? Todo lo hace la fe con que viven,

y de quien reciben estas divinas impresiones. En vano el mundo les presenta sus pompas mas brillantes, sus halagos mas dulces; en vano les brinda con caminos sembrados de flores, la fe disipa todos sus encantos y prestigios.

Tambien tiene el mundo sus persecuciones con que intimida á la virtud, y esta necesita de fuerza superior que la sostenga. El apóstol tenia razon cuando dijo (1) que los que quieren vivir santamente, conformándose al espíritu de Jesucristo, deben prepararse á rudos combates. En efecto el que se propone abandonar la senda trillada del vicio, para repechar la cuesta áspera de la virtud, encuentra á cada paso burlas, mofas y escarnios. Mil respetos humanos intentan estorbarle su camino. Tal vez es un amigo que se resfria ó indispone, porque no se le favorece en sus empresas delincuentes; tal vez es una familia entera, acaso un pueblo ó toda una provincia, porque se la obliga á vivir con regla, porque se pretende mantener el orden, y hacer justicia con exactitud.

Este es uno de los peligros mayores del mundo, y la causa mas comun de los desórdenes de la vida humana; porque es difícil mantenerse firme contra tanta fuerza, y el hombre débil cae á su pesar, gimiendo de la esclavitud que le subyuga. Un sentimiento natural de equidad y conciencia le estimula á curarse de aquella tiranía; pero le falta el valor, y cuando llega el momento de la ejecucion, todas sus

(1) *Timoth.*, III, 12.

resoluciones le abandonan. ¿Qué es lo que pueda darle fuerza, y mantenerle imperturbable contra tantos ataques? La religion, y la religion sola; porque con las armas de la fe se defiende de todos los golpes, resiste á todos los impulsos, y el corazon mas débil se hace invencible. No hay amistad que no rompa, sociedad de que no se separe, amenazas que no desprecie, ni hay esperanzas, intereses y ventajas que no sacrifique á su Dios y á su deber.

Tales son las disposiciones de un hombre á quien anima el cristianismo, y que está sostenido por la fe que profesa. Así piensa y así ejecuta, y no puede dejar de hacerlo así; porque, siendo Cristiano, no reconoce otro poder que el de Dios; ó si reconoce otros, los mira como potencias subordinadas á la del Todopoderoso, á quien no hay ninguna que no deba ceder. Este sentimiento es evidentemente justo y generoso; pero no es un sentimiento que se queda en especulacion, que no tiene efecto ni consecuencia en la historia de la religion; pues no hay cosa tan frecuente como su práctica, á cada paso se encuentran los ejemplos.

¿Cuántos desprecios y ultrajes, cuántas pérdidas y miserias han sufrido los Cristianos de uno y otro sexo por no desviarse de los caminos del Señor, y de las observancias austeras que prescribe su ley? ¿cuántas desgracias, odios, animosidades y tormentos han soportado con valor? ¿cuántas virgenes castas que no ha sido posible profanar con ningun medio? ¿jueces íntegros que ningun esfuerzo ha logrado

corromper, y aun artesanos y domésticos á quienes no ha sido posible desviar de la linea recta de la virtud? ¿Qué dolores no sufrieron millones de mártires? Nada los aterraba: ni el furor de sus tiranos, ni la crueldad de los verdugos, ni la oscuridad de los calabozos, ni la ferocidad de los suplicios. En medio de tormentos inauditos sufrían con paciencia y morían con dignidad.

La antigüedad se jacta de sus héroes; pero estos héroes que la gentilidad alaba tanto, y que venera con tanta idolatría, jamas mostraron tan heroica constancia. ¿Y de donde venia á estos generosos soldados de Cristo una firmeza tan imperturbable, sino de la fe que gobernaba su corazón? Los mismos enemigos del cristianismo, los que le perseguían mas encarnizadamente no podían ver esta fuerza sobrenatural sin hallarse sobrecogidos de estupor. ¿Y cuántos convertidos por su asombro se transformaban de verdugos en víctimas?

Ve aquí, señor, los efectos que ha producido la moral de Jesucristo. ¿Y cómo no vendrá de Dios una religion que propone una moral tan santa, y que inspira un valor tan superior al esfuerzo del hombre? Aun me queda que deciros mucho; pero hoy tenemos la triste circunstancia de que uno de nuestros compañeros está en las últimas agonías; se le va á recomendar el alma, y es preciso que yo vaya con los demas á hacerle este último oficio melancólico: os pido que me deis licencia, y mañana podremos continuar. Yo no pude hacer otra cosa que darle

darle gracias, y asegurarle que al otro día le escucharia con gusto. El se fue, y yo quedé solo.

Pero quedé sumergido en un mar de pensamientos y reflexiones. Jamas se iba este padre sin dejarme conturbado y confundido. Cada día me hacia ver mas mi ignorancia, y me atolondraba mas con sus convencimientos; ya no me sentia con fuerza para resistirle. Muchas veces te he dicho que le escuchaba con desconfianza, que sabia que su profesion le empeñaba á tener ó mostrar aquellas opiniones; que, por otra parte, su elocuencia, su ardor, su genio activo y eficaz, junto al tono de su propia persuasion, me hacían temer que su entusiasmo seductivo no diese á sus discursos un colorido que me pudiese alucinar.

Con este temor, cuando estaba solo y fuera de la esfera de su actividad, los repasaba conmigo. No contentándome con los pequeños resúmenes que te he indicado, hacia otros mas estendidos, los delineaba en el papel segun me los presentaba mi memoria, y son los mismos que te copio ahora. Me parecia que escribiéndolos yo mismo, y leyéndolos despojados de todas las gracias y adornos que podia darles la espresion animada con que me los decia, debía sentir su fuerza natural y verdadera, discernir mejor lo que podia ser en ellos sofisma ó ilusion, y juzgar bien de su solidez, ó de su flaqueza.

En efecto los leia, los repasaba muchas veces con la calma mas fria, con la atencion mas desnuda de todo adorno; procuraba quitarles toda especie de prestigio, examinaba los hechos y las razones en ellas

mismas , y trabajaba por apreciar con imparcialidad su valor. ¿Te lo diré , Teodoro? Cuanto mas consideraba los hechos , tanto mas me parecian probados , ciertos é indubitables ; quanto mas pesaba las razones , tanto mas me parecian claras , demostrativas y evidentes.

Aquel mismo dia me ocupé en contemplar y considerar por todas partes el plan de la religion , este plan de que tanto me habia hablado el padre , y me pareció que el padre tenia razon ; que es grande , magnifico y suntuoso , que nació con el mundo , que se ha seguido en todos tiempos , que está enlazado en todas sus circunstancias ; que un pensamiento tan sublime y grandioso no podia haber mas que en las ideas de Dios ; que un edificio tan inmenso , y hecho con tan débiles materiales no ha podido construirse sino por una mano divina , y que esta mano se muestra tan visible , que hace inexcusable la obstinacion del incrédulo.

Este era el resultado de mis reflexiones , y ya puedes considerar como debian angustiarme. No obstante , para apurar todos los medios posibles de mi desengaño , me determiné á poner el plan sobre el papel , y hacer un nuevo resumen. Creí que esto me serviria para examinarle en su totalidad y en cada una de sus partes , y que así podria reconocer la parte débil ; con esto hice un extracto que dice así :

No hay escrito , monumento ni memoria por donde sea posible saber la creacion del mundo , los sucesos primitivos , y lo que pasó en la primera historia de

los hombres hasta el tiempo en que Moises vivia , sino por los libros que escribió el mismo Moises.

Moises refiere en ellos que Dios sacó al mundo de la nada , que dió el ser á quanto existe , que la última de sus obras fué el hombre ; que este ingrato le desobedeció , que Dios le castigó , privándole á él y tambien á su posteridad de los excelentes dones con que le habia dotado ; pero que para consolarle le prometió que con el tiempo le enviaria un Mesías ó un Redentor que repararia todos los daños de su desobediencia ; que desde entonces este Redentor fue el objeto y la esperanza de los hombres , y el centro y fin de las operaciones de Dios ; que Dios repitió despues la misma promesa á Abraham , Isaac y Jacob , diciéndoles que el Redentor saldria de su linage , y seria uno de sus descendientes ; que los descendientes de los patriarcas estaban en Egipto , y en la esclavitud de Faraon , y que Dios , para empezar á cumplir su promesa , se apareció á Moises uno de entre ellos , y le mandó que sacase de allí , y los llevase á la tierra de Canaan , donde debia nacer el Redentor ; que Moises , á pesar de Faraon , soberano de Egipto , los sacó en efecto de aquella esclavitud , y del Egipto los condujo por el desierto , y los llevó en fin á la tierra de Canaan ; que no pudo vencer la resistencia de Faraon , ni superar todos los obstáculos , sin hacer muchos milagros portentosos ; y que hizo tantos , tan públicos y tan repetidos , que ellos superaron todas las resistencias ; que el mismo Moises recibió tambien la orden de Dios de escribir todo lo que pasó en la creacion , y todo